

# Creolina

Gabriela García de la Torre

**M**e dejé robar el caballo anoche, por la calle empinada. Una maraña de pelo y trapos me cerró el camino amenazando cuchillo, y nunca se sabe. Solté el cabestro y corrí hacia abajo, hasta superar la primera cobardía. Miré de nuevo y el tipo azotaba al caballo, le jalaba el freno, belfos lastimados, eso es seguro, comisuras rasgadas, como mínimo. Me reí, pero dejar de mirar fue la segunda cobardía. Llegué a donde mi hija, Olga. No le conté nada, seguí callando mis terceras cobardías.

Olga trastornaba cajones de un armario, rocó y arrogante, como una institutriz. Estaba furiosa porque le habían desordenado los menjurjes. Desencajó los carrillos y ya le empezaba a brillar la ira en las lágrimas. Me escabullí hacia las escaleras. Vi de cerca que todos tenían que ver con El Profesor. Bastaba con que él desviara imperceptible su paso para que todos giraran en cardumen. Me pegué a la pared, no me vieron.

Me constaba que El Profesor le había posado la mano en la cintura a Luisa: era la señal. Todas, todas, querían dejarse horadar por él. A pesar de su halitosis. A pesar de su afeminamiento. Me arañé las manos, añoré la cintura de Luisa, resoplé mis celos. La escalera se empinó, se estrechó, se volvió espiral de vértigos. Los cascos del caballo resonaban

sin ritmo, la grupa perdió equilibrio, bufaba el pánico de su propio peso.

Papá llegó a tumbos a la cocina, la piyama aún tibia de sueño. Pidió algo de beber. Miraba de medio lado hacia afuera y se quedó callado hasta que terminó de despertarse. Preguntó por los caballos de la finca. ¿Cuáles caballos, Papá? Hace tiempo que ya no hay ni finca. Desde que éramos chiquitos, nunca volvimos allá.

—Papá amaneció de buen humor hoy —susurró Olga, temprano, por el teléfono. —Dice que soñó con caballos, que va a bañarse con agua fría. Se tomó todo el jugo sin pestañear.

—Siempre que vaya a la cita médica, que se bañe como quiera. —Leonardo dejaba las crueldades solo para Olga, la chiquita de la casa, la hermana buena. De resto, tenía vocación de plañidero.

Los hermanos administraban, o tal vez agilizaban, el deterioro progresivo de Papá.

Llegaban a acuerdos telefónicos, sentencias solemnes, Papá es incapaz, Papá no sabe, Papá se afea e infantiliza.

Sobre todo, Papá nos odia.

Renguea en el almacén, se equivoca en los pedidos, pierde clientes, pero carga el ímpetu de un lisiado que reta con garbo a los que lo menosprecian. Las señoras se compadecen. Y él les escupe desprecio. Ya tuvo

suficiente con su difunta esposa, Mamá, una señora en esencia aseada.

La viudez lo había liberado y, ahora, Papá apestaba a prepotencia, listo a galantear cinturas. Se resiste a dejar sus fantasías de mujeres en ligeros. Antaño, se jactaba de la audacia de su caligrafía. Ahora insulta con elegancia la mediocridad de jovencitas todavía tan compungidas con su propia belleza que no atinan a desenredarse de los improperios del falso erudito. A él lo excita humillarlas, lo hace sentirse joven.

Ni se mira al espejo: sabe que todavía le ondea el pelo, domesticado con la gomina, y que las cejas castañean su hombría. Sabe que su presencia las subyuga, que las lindas le esquivan la mirada de puro rubor. Avanza como en pasos de tango, en el destiempo de un suspiro, o el acorde de una venia, y las muchachas crisan sus hormonas con recato.

Papá se faja para sofocar el dolor sordo y pasea firme por el almacén, capataz de mercancías obsoletas. Papá calla con alaridos cualquier alusión al forúnculo, y se faja.

No me duele tanto, es normal. Ese médico es un afeminado ignorante, ni siquiera sabe ortografía. *Forúnculo* es una palabra estrújula. Como *estúpido*. Y papá escupe.

Papá nos odia a todos.

\*\*\*

—Papá, la tía Luisa te mandó vitaminas de Estados Unidos, esas que restauran los tejidos. La tía Luisa vive pendiente de ti, te quiere mucho... Papá, hoy llegó de nuevo la citación al IDU, para la venta de la ferretería. Ya está encima todo el trámite, el IDU paga muy bien esas propiedades. Papá, no dejes pasar esa oportunidad.

—Qué le está pasando a Olga, está como loca. Le cogió la verraca limpiadera y me dejó todo donde no era, ¿dónde me puso la

creolina? ¡Carajo, yo me conozco mi orden, pero se me meten en la bodega a husmearme mis cosas y a desubicarme todo, déjenme quietitas mis vainas! Yo tenía ese galón de creolina acá debajo, estaba bien cerrada la tapa, eso sí, porque no quiero que se fuertee el ambiente. En estos días vienen un par de clientes con quienes estoy charlando el negocio del inventario de la bodega y no quiero que se mareen. Pero también, si nuestro la gana, me dan dos pesos de mierda, que no crean que estoy necesitado. Aquí todo sigue funcionando bien y bodega es bodega, y las bodegas siempre tienen movimiento. Así que no venga Olga a machacarme que qué reblujero, que huele a encerrado, que qué porquería, porque toda la vida pagándoles universidad y moliendo de madrugada a noche para que vengan ahora a sacarme de mi ferretería. Dizque el IDU me va a obligar a vender... ¡Embusteros! ¿Que me toca vender porque sí? ¡No, señor! Muy el Distrito y lo que quieran, pero a mí no me van a joder. Yo sé empapelar al que sea, no necesito abogado, ¡qué tal! Toda la vida lidiando negocios fregados, con importaciones, papeleo delicado en las aduanas y todo perfecto, nunca un error, para que vengan ahora a obligarme a salir del almacén, el único que había en Bogotá cuando Bogotá tenía una sola ferretería alemana y era esta, ¡carajo!. ¡Ah!... El forúnculo de nuevo, como loquitos todos aquí. Yo sabía curar a los caballos de la finca con pura creolina, el mejor desinfectante, y ya me la botaron, ¡carajo!

¡OLGA, BERRIONDA, DÓNDE ME LA ESCONDISTE!

Forúnculo secreto en el costado. Era sordo y ciego como una mujer gorda por la calle. Tenía una frecuencia de baja modulación, latía intuitivo. Suave como un hastío, paciente como un dolor, la masa empujaba por ramificaciones creativas, abría trocha en los tejidos, trababa amistad con los

vasos capilares, la dermis enronquecida de viejera. Era audaz, de interconexiones caprichosas, codeaba y estrujaba como un niño enmelocotado de domingo. A veces, en descuidos celebrados, emanaba un hilillo de efluvio quemante. Polvorines abrasivos, extáticos de simpatía. Hacía doler porque la red de nervios se incomoda. Duele hasta que lo narcotizaban de creolina, le pellizcaban los bordes, le hurgaban el ombligo, le hacían cosquillas por todos lados. Y yo, nombre de pila: Forúnculo, apellido: Versátil, me acomodo. Dejo heces de mi pus por los tejidos, quemo fibras, alerto glóbulos, sangro de dicha.

\*\*\*

—Papá, ya llegué. —Leonardo el abatido, Leonardo el sufrido—. ¿Tienes la orden para el TAC? A la salida te invito a jugar ajedrez.

—¿Y ¿qué? ¿Cierro el almacén toda la tarde? —Papá remató la frase como un candado artrítico de óxido. La soberbia lo llenaba de energía.

—Se te va a estallar ese forúnculo, Papá. Ya está enquistado y te puede dar una septicemia en cuestión de horas, ¿para qué esperar a una emergencia? —Leonardo veía en los párpados flojos de Papá el paso de su propia vejez. Solo cuando logró imaginarse la muerte de Mamá, Leonardo entró en la adultez



tardía: pudo imaginar su propia muerte. Pero, de solo ver la caricatura en que se había convertido su Papá, Papá remedándose a sí mismo, Papá lleno de absolutos, Papá y las sentencias perniciosas, se le llenaba de arcadas la boca...

Leonardo y Papá en la sala de espera. Se ven feos. Parecen piojos, están expuestos, enfermos, reblandecidos, demasiado guturales. Blanco y luz en cada pared, borde, uniforme, planilla. El piso está hecho para amortiguar sonidos, para flotar de asepsia.

Las enfermeras fluyen como hadas, *ballet* de sonrisas y desinfectantes. Cada paciente trae a su esclavo, un hijo, un acompañante, cualquier esclavo. Las baticas del laboratorio son simétricas, como la paranoia. Exactas, perfectas, en cuerpos informes, edemáticos, con algún pelo anárquico, exhibicionista, en la espalda, un abultamiento de grasa sedentaria en las nalgas, guijarros de río en los dientes, rescos los codos.

Se internan los cuerpos en cápsulas de luz, los rayos son espías de toda intimidad, de rincones subversivos, de órganos acomodados en la algarabía del mercado informal, tenderetes de sustancias y tejidos al mejor postor, carcinomas de quinta categoría que aguardan en lo oscuro de las esquinas para pervertir la inocencia de los leucocitos jóvenes, que se desbocan con excitación por la Avenida Aorta. La licitación de quistes se la ganó el costado izquierdo, por la vesícula biliar, pero fue un concurso amañado: eran de pésima calidad, pues se calcificaron demasiado pronto y en donde no era, arrumados en el límite sur, colindando con terreno conyuntivo, cerca del colon transversal.

“Papá tiene quistes calcificados al lado de la vesícula biliar que eructan en el forúnculo”, espeta mecánico cualquier pobre diablo vestido de importancia médica, cualquiera que también tiene un Papá aguerrido

y viejo, emputecido de vivir y no queriendo morir. Ni ser feo. Ni rengo. Obligan a Papá a descubrir su forúnculo, a donarlo a las basuras de residuos orgánicos, al asco de la cremación por el fuego, antes de programar la cirugía del quiste que se agazapaba tras la hipocresía de tejidos blandengues.

\*

—Papá, es importante que me dejes autenticado un poder para diligenciar todo lo de la ferretería y el IDU, antes de la hospitalización. El almacén está en quiebra hace rato, por favor, y tú sabes que nadie te va a comprar toda esa chatarra que tienes en la bodega de inventarios. —Bodega de inventados, será —elucubró Olga. —Lo del IDU es irreversible: van a tumbar todas las casas para que pase la avenida, Papá, piénsalo. Olga se acomodó y esperó el embate.

Papá estuvo a punto de ahuecar la voz, cruda como el campo. “Es que todas eran unas putas. Feministas, putas y ladronas, empezando por tu mamá, Olga. Quieren dejarme en la calle”. Pero la pequeña incisión del forúnculo, que en paz descansa, se templó y amenazó llanto. Papá se quedó callado.

—La tía Luisa opina que es bueno para todos, y que así puedes volver a Cota, no quedarte siempre en el almacén, tan malsano para ti, Papá —así aventuró Olga su jaque por alfil que descubre la dama. —Jaque, Papá, ya no somos niños, sabemos que la tía Luisa, hermana de Mamá, fue tu primer objetivo.

\*

Luisa es la Dama por antonomasia. Es más, Luisa es la Hembra. Luisa aparece y desaparece, un lunar, la boca carnosa. Luisa y la línea entrevista de los senos, que ondean imperceptibles con su risa. Luisa es un aire mórbido, la curva amortiguada, muslos que desbordan el agarre. Luisa es un jadeo insinuado.

Discreta y febril, botones y broches, Luisa poco le ofrecía, aunque él creía que le prometía. Fue un cortejo largo, lleno de huidas, de carcajadas evasivas, nunca respuestas precisas de Luisa, la Hembra.

Hermosa, solemne como una provocación, Luisa dibujaba pretendientes con un solo gesto de su cabello en cascadas, fresco, joven. Daban ganas de amarla y de montarla, de oler la curva del cuello, de fundirse en su cabellera. Así que la invitó al parque, el escondidito, el que estaba salpicado de jardines y recodos. Escogió rosas prietas de un rojo que dolía. La caja la asignó la dependiente, sonrojada del arrojito viril del cliente. Él recorrió la calle de los músicos y, por pura simpatía, se entendió con sendos fortachones con cara de arrobo cuando cantaban boleros de amor.

Luisa se dejaba llevar a la sorpresa sin sospechar las dimensiones de la tragedia, pero, a medida que descubría la escenografía romántica, empezó a retorcerse de vergüenza, a cubrirse con la emblemática cabellera, mientras él, aterrado por el desplante, no podía creer que a él, justo a él, recio y altivo, Luisa no le correspondiera la petición de mano, a pesar de sobrarse en cualquier requisito de la galantería y el amor romántico, boleros, parque, rosas, anillo de compromiso.

\*

—No quiero volver a ver nunca las vitaminas que mandó tu tía Luisa —Papá contrae todos los pliegues de la cara. —Seguro las compró con la plata del Profesor... —Papá enmudece de nuevo. Luisa había escogido por marido a un señorito afeminado, solo porque era Profesor. Papá desploma sus achaques en el sillón. Papá está envejecido de rencores.

Olga se levanta y sonríe cuando se gira, para que Papá no la vea. Lo conoce.

Manipula los cajones del armario, clasifica los remedios. La tía Luisa mandó los mejores antioxidantes, igual se los daría a Papá de contrabando, en la mediamañana. Olguita amanece llena de culpas agarrotadas en el reumatismo de las manos. Se resigna ya un poco mofletuda, gracias. Papá no es el único que se deteriora en el espejo, ni el único que está aterrado. Separa unas vitaminas para ella.

\*

Leonardo fue el primero que se levantó ese día, de madrugada, porque estaba más lejos que Olga y Papá de la clínica. Tiene algo de ablución franciscana levantarse antes del amanecer y ejecutar con presteza y un poco de dolor el ejercicio de la austeridad.

Leonardo se ufanaba de no sentir hambre en las mañanas, así se tropezara a la hora vespertina con pastelitos atragantados de crema que se despachaba con una risita infantil, como para excusarse. Leonardo, el abatido, se presentó recién bañado, puntual y en ayunas al ingreso de Papá a la cirugía, y Papá se dejaba hacer y llevar. Olga se inclinó para llenar los formatos de rigor, y se escondió bien el brote de melancolía, porque se repetían rituales de la muerte de Mamá. No quería ni pensarlo.

*“Ustedes ya saben: si en el primer giro la rueda cae en cien, público, ¡cuánto se llevan? ¡UN MILLÓN DE PESOS! El segundo giro depende de ustedes. Ojo, si da más de cien quedan eliminados porque ¡EL PRECIO ESCORRECTOOOOO!”*

—Leonardo, bájale al televisor. Papá se quedó dormido otra vez. —Olga bosteza en el hospital, Leonardo respira complacido del tiempo quieto.

Papá gime pasito, bajo la mascarilla de oxígeno. Está rucio porque no quiso afeitarse antes de la cirugía. Se acompañan los timbres leves de todos los signos vitales óptimos. Se ve encogido como un bebé, piel

tosca, ojos leves, borroneados. “Se recupera bien y rápido”, elogió el cirujano en la ronda. “Un toro. Pasado mañana lo doy de alta, está magnífico”.

Olga revisó por encima la orden judicial del IDU. Era la última versión, con las correcciones insertadas. Pasaba varias veces por su propio nombre; se veía lindo en ese papel membreteado, dueña al fin de una firma, un plumazo que pondría *bulldozer* y retroexcavadora en la ferretería, que vengan tiempos nuevos y avenidas anchas.

Ratificada la demolición del almacén de Papá y un pago suficiente como para que

él quedara en manos de la residencia en Cota, allá lo visitará un par de veces a la semana. Es costoso, porque tienen personal de enfermería a disposición para emergencias. Y el sitio es limpio. Y hay cafés para que Papá imagine su propio reino.

—Leonardo, por favor, cambia de canal, me tiene cardíaca ese locutor —Olga guarda los documentos, estira las piernas y va hacia el pasillo. Leonardo mira las manos de Papá.

Tiene pecas grandes, venas oscuras. Papá se agita en el duermevela del posoperatorio.

\*

Se me arrimó lanudo, acaricié el lomo, podía sentir cada vértebra. Las orejas parecían hojas de frailejón en un día bonito, con sol de páramo. Creo que pestañeó y dio un par de coces de puro divertimento, luego me buscó el abrazo y de nuevo arrancó otra cabriola improvisada. Me senté en la piedra grande, salpicado de liquen, a oír el viento.

Ahí llegó de nuevo, coqueto, mimoso. Lo palmeé suave. ¿Por qué me lamió la mejilla, con lengua rugosa de jirafa chiquita? No sé, pero solté la carcajada y se espantó un poco. Así que le susurré piropos acerca de su felpa y volvió hacia mí tal vez ofendido, hasta que dobló las patas en mi regazo. Y acuné al potranquito más joven de la finca los dos minutos cortos que le concedió su paciencia y el relinchar de la madre, atrás en el establo, recién limpiado con creolina.

\*

—¿Quién trajo flores? —se sobresaltó Papá de su sueño ligero, tras el respirador.

A Papá le gusta soñar con caballos.

Papá no sabe, pero ya no nos odia.

Pobrecito Papá. ■



Luisa es la Dama  
por antonomasia.  
Es más, Luisa  
es la Hembra.  
Luisa aparece y  
desaparece, un  
lunar, la boca  
carnosa. Luisa y  
la línea entrevista  
de los senos,  
que ondean  
imperceptibles con  
su risa.